

## TRATADO DE LAS NUBES

*Toda nube es un bestiario personal.*

ÁLVARO CAMPOS SUÁREZ

*Les beaux nuages, comme ils sont rapides!*

FRIEDRICH NIETZSCHE

**D**ESPUÉS de que en los últimos años alcanzara a completar una serie de sendos tratados sobre puentes, camas, ruinas, campanas, vinos, islas, lluvias, ángeles, mapas, fuentes, sirenas, ríos, fantasmas, lágrimas y burros, quiso ultimar uno sobre nubes. Se dedicó a cazarlas, tomó apuntes del natural y escudriñó entre sus poetas favoritos, llevando como faro de luz y esperanza lo que afirmó Rafael Pérez Estrada: «El hombre que sueña con una nube será algún día arrebatado en carne mortal por los dioses».

Leyó, en la biografía que Virginia Woolf dedica a su amigo Roger Fry, que Luke Howard, bisabuelo de Fry, era un hombre de «genio brillante, pero bastante caprichoso», autor de un ensayo «en el que se proponía una clasificación y nomenclatura de las nubes». Goethe lo leyó y alumbró un poema sobre el tema, tras entablar correspondencia con él. Mariabella Hodgkin, madre de Roger Fry, recordaba que el abuelo «permanecía largas horas junto a la ventana contemplando el cielo con su plácida mirada soñadora».

Entonces supo que unas nubes son recuerdos de vidas y otras, sombras echadas a volar. A ratos se conjuraba con Borges para mirar el mundo en el espejo ince-

sante de las nubes. Con Pasternak, después de arrumbar su deshilachado traje Tito Lucrecio Caro, se gemelizó entre las nubes, vestido con unos pantalones marca Maiakovsky. Había aprendido del amado Paco Pino que las nubes eran pescadoras de nieve y que eran palabras del viento y púrpura que acaba en nieve, nieve que acaba en aire. Un día de playa lo turbó una página de cierto poeta cántabro: «por un momento aquella nube / adquirió bajo un sol sin ruedas / la misma curvatura golosa de tus nalgas / cuando mis manos se cierran sobre ellas / y me tomo media hora para salir de ti».

Sucedió una noche de invierno. En su sueño, la nube abrió una boca para vomitar lluvia de mariposas. Ahora espera a que Zeus el juntanubes lo arrebate.



## EN LO DE LOPOKOVA

**D**URANTE una cena en su casa, Lydia Lopokova, señora de John Maynard Keynes, ante el tono agresivo de las palabras que le dirige Wittgenstein, prorrumpe en lágrimas en presencia de Leonard Woolf. Poco después, con el tabaco encendido y el brandy caliente, Leonard le musita a la oreja: «Sos un cabrón, Ludwig» y le muerde el lóbulo, pero apenas sangra.



O

**Y**o, Mohammed o Muhammad o Mohamed o Mojamé, subo desde el Zoco Chico la cuesta con mi capazo de la compra, mi veredita matutina, y me ha parado ese hombre de traje y corbata verde, verde como la albahaca y mis calabacines y mi apio, y me dice buenos días, señor Chukri. En esta mañana fresca y luminosa, sin viento, este nazareno se ha detenido. Y me paro, humilde tras mi bigote canoso, para intercambiar unas banalidades menos consistentes que las sardinas de mi cesta. Este burócrata de embajada ha vivido un año en Oujda o Uxda o Usda o Uchda donde ha degustado mil y un té (con menta, más quinientos con hojas de citronier y otros quinientos con shiba, lo que suman *2001, la odisea del tê*) con el profesor Ahmed El-Gamoun o Muley Gamoun o Hach Jamé o Gamún, un donquijote del Oriental, quien le ha hablado de mí y de *Le pain nu* (o *El pan desnudo* o *Al-Jubz al-Hafi* o *For Bread Alone* o *El pan a secas*) traducido por el amigo Abdellah Djibilou o Yibilu. Y también le habló de mí (todos bien, gracias, Oscar Wilde) mi traductora, reina mía, Malika Embarek, sirena marrueca varada en Madrid. Cuando yo muera, dentro de diez años, este hombre llorará no por mí sino por Fathia, la mujer que me atiende, hermana de la que atiende, o atendió, al maestro Raúl Ruiz en su casita de la Condesa, en Ciudad de México.